



## CARTA OCTAVA.

**A**MIGO mio.—La América mexicana en estos dias es toda un campo de batalla: en sus ángulos mas distantes se dan acciones ó se propulsan las fuerzas agresoras, haciendo la libertad efectos maravillosos para triunfar de los asaltos de la tiranía. Si leemos los partes oficiales de las Gacetas con alguna crítica, veremos que hay dias en que se dieron doce, y hasta veinte acciones. ¿Cómo, pues, describirlas con verdad y exactitud? He aquí una dificultad insuperable, he aquí una obra reservada á muchos hombres sábios reunidos no de otro modo que los jesuitas Chatrou y Rovillé, para escribir la historia romana. Confieso mi impotencia, no puedo desempeñar esta empresa. Por tanto, la intentará mi patriotismo siguiendo el curso del ejército llamado del *centro*, ó de sus fracciones destinadas por el general Calleja á perseguir las grandes masas de iusurgentes que por todas partes le causan alarmas. No hallo por cierto otro método, despues de haber pensado mucho sobre esta materia. *Et si deficiant vires, tamen est lau danda voluntas.*

Despues de la batalla del valle del Maiz, de que ya hemos dado idea exacta en otra Carta, regresó el general D. Diego García Conde á S. Luis Potosí con toda su division, llevando diez y siete cañones del ejército de Herrera, ochenta y un mil pesos que entregó al intendente de ejército de Calleja D. Francisco Rendon; porcion de cajones de plata labrada, y gran cantidad de ganado mayor, de la que gran parte se devolvió á las haciendas de los padres carmelitas á quienes pertenecia: Herrera supo corresponderles malamente el hospedaje que le dieron en su convento de S. Luis, cuando lo tuvieron arrestado. Calleja marchó para Zacatecas con su ejército desmembrado de la division de la izquierda que dejó en S. Luis á cargo de García Conde con el mando de toda la provincia: allí permaneció dos meses y dos dias, organizando la fuerza local que se estableció en todos los pueblos y haciendas hasta las inmediaciones de Zacatecas. Supo que una gran reunion de americanos habia entrado en la villa de S. Miguel el Grande, al mando de D. José de la Luz Gutierrez, de donde se sacó diez mil pesos y algunos cañones con que marchó al pueblo famoso de Dolores. Sabida por este la llegada de García Conde á la villa de S. Felipe, para impedirle su tránsito á Guanajuato, se retiró á la hacienda de la *Zarca*. García Conde formó entonces de su ejército dos secciones, dió la una al capitan D. Francisco Guizarnotegui de Puebla, con direccion á S. Luis de la Paz, y con la otra se encaminó en persona directamente á la *Zarca*. José de la Luz atacó en dicho pueblo de S. Luis al comandante español, pero fué completamente derrotado y tomada su artillería. García Conde se trasladó á S. Miguel el Grande, donde permaneció un mes, ocupándose en poner la villa en estado de defensa. Entre tanto Calleja antes de llegar á Zacatecas luego que supo la salida de Rayon, hizo salir á Emparan en su alcance, como ya hemos visto, previniéndole lo esperase en Aguascalientes; pero Emparan no gustando de estar á sus órdenes, las eludió con pretestos frívolos, se fué aproximando á Guanajuato, y se puso en comunicacion con el virey Venegas. Puesto Zacatecas en estado de defensa con la organizacion de un batallon provincial, y un cuerpo mixto llamado de *Patriotas*, mar-

TOM. I.—37.

chó para Aguascalientes, levantó varias compañías así en dicha villa como en los pueblos y haciendas, y nombró por comandante de todas á D. Felipe Terán con una division volante, á cargo del cura Alvarez del Catorce: este sugeto nos ministrará materia para muchas observaciones, pues es de aquellos monstruos que bajo el hábito sacerdotal ocultaban un espíritu diabólico.

Calleja se dirigió despues á Guanajuato y fué recibido con las aclamaciones que no merecia, que arranca el miedo de las bayonetas; pero que ni aun forzado debiera darle ningun hombre testigo de sus atrocidades en aquella ciudad. Allí se hizo tratar como un Soldan: su casa remedaba al palacio de Dejar de S. Juan de Acre, de quien dice la historia que solo abrigaba asesinos, cadenas y puñales. Creyó Calleja que sus medidas eran bastantes para defender á los pueblos de las irrupciones de que estaban amenazados; pero ciertamente se engañó, pues eran continuas las alarmas en la villa de Leon, Silao, Irapuato y Celaya: descollaba entre los comandantes americanos Albino García, á quien todos los rancheros del bajo respetaban, y así es que reunia la mejor gente, y la mas selecta caballería. Muchas veces tendremos ocasion de hablar de este hombre extraordinario que parecia formado en la escuela de los árabes segun ejecutaba sus correrías; de este hombre en quien hizo sus primeros ensayos de fortuna D. Agustin de Iturbide y cuya aprension le proporcionó el grado de teniente coronel, que fijó la época del principio de una ambicion ilimitada y que lo condujo al mas alto fastigio de gloria. Por ahora me limitaré á decir, que Albino García introdujo una táctica desconocida y que no se desdeñarían de seguir los mayores generales de Europa. Reduciase á presentar toda su caballería en batalla, porque regularmente no salia á campaña con infantería. En el momento que trataban los españoles de atacarlo desfilaban sus soldados á derecha é izquierda á dejar las tropas enemigas en el centro, lo que él llamaba *formar corral*, sin que dejase el arbitrio de poder atacar, pues á cualesquiera partida que se separase por derecha ó izquierda, cargaban todos sobre ella, y tenia que replegarse al centro.

De este modo iban siguiendo la division, aprovechándose de

los desfiladeros para usar de sus fuegos con ventaja, pero sin atreverse nunca á atacar. La artillería se retiraba desde que formaban el corral, y si se le daba alcance, desbarrancaban con tiempo los cañones, y siguiendo la huella de estos solo encontraban los españoles las cureñas. Mientras que Calleja permanecia en Guanajuato creando milicias y otras compañías para su defensa, pretendió contener á Albino García; pero la fuerza de aquel general habia quedado muy reducida con la separacion de Emparan y García Conde. Aprovechóse pues de la de D. Miguel del Campo que regresando de la villa de Cadereyta habia llegado á Celaya. Albino quiso atacarlo en este punto, pero fué rechazado y perseguido por Campo que le causó alguna pérdida. Supo entónces Calleja que una fuerte reunion á cargo de los comandantes García Ramos, y Hermosillo habia entrado en Aguascalientes apoderándose de la artillería que Emparan tomó á D. Ignacio Rayon en la batalla del Maguey, y que dejó guardada en aquella villa, replegándose D. Felipe Terán y el cura Alvarez á Zacatecas donde pensaba dirigirse García Ramos. Para evitar la invasion de esta ciudad mandó Calleja á García Conde que desde San Miguel el Grande marchase con toda violencia por la villa de S. Felipe y ciénega de Mata á impedir la entrada de tan fuerte reunion en Zacatecas. Efectivamente lo consiguió haciendo una marcha tan rápida que alcanzó la retaguardia en el real de Asientos. En tanto que el comandante Lopez habia salido de Zacatecas con Terán y Alvarez, atacaban el grueso de la reunion en el rancho llamado de los *Griegos*: Ramos, Hermosillo y otros comandantes se fugaron á la siera de Nochistlan y Xuchipila, y García Conde se trasladó á Aguascalientes desde donde hizo salir varias expediciones con las que logró poner en defensa algunos pueblos.

Tal es en bosquejo la idea que se presenta de los principales sucesos ocurridos en aquella época, y que á mi juicio merecen especificarse con lo principal. De tales arbitrios creo debo valerme para dar órden y método á relaciones empalagosas, y creo que debo imitar á los pintores, que primero trazan el bosquejo del retrato que pretenden copiar, y despues le meten el colorido para animar sus facciones.

Ocupada la plaza de Valladolid por los españoles en 28 de diciembre de 1810, los americanos no se presentaron sobre ella sino hasta el 29 de mayo del año siguiente. Las atrocidades de Trujillo clamaban por un castigo ejemplar. Constituyóse jefe principal de aquellos el capitán que había sido del regimiento provincial de infantería de la misma plaza, D. Manuel Muñiz, el cual situó su cuartel general en Tacámbaro. La primera vez que este se asomó por las lomas del rumbo del Sur, fué el día 29 de mayo. Otros varios gefes se habían reunido en la Piedad, formando cada uno un cuerpo de tropa, y armándola del modo que pudieron. Trujillo, comandante de Valladolid, mandó al capitán D. Felipe Robledo que atacase un cuerpo como de setecientos hombres, que se presentó en las lomas del Zapote, hízolo con mal éxito, y peor lo hubiera tenido si Muñiz le hubiese atacado por retaguardia, como debió: la acción fué empeñada por los americanos, de modo que el brigadier D. José Antonio Torres salió herido de un metrallazo en el brazo izquierdo, herida de que jamás sanó, y fué con ella al sepulcro. Robledo fué acusado de cobardía por Trujillo, quien le hizo consejo de guerra, y según se me asegura lo depuso por entonces. Retirado Muñiz á Tacámbaro, volvió otra vez sobre Valladolid: citó oportunamente á los gefes que obraban con independencia de él; reunió como cuatro mil hombres de todas armas, es decir, de honda, lanza, machete y pocos fusiles. De esta arma llevó algunos, cuyos cañones eran de bronce, enormemente pesados, y que para darles fuego con mecha, remedaban á los antiguos arcabuces de nuestros españoles de la conquista; Venegas también renovaba los días de Cortés entonces, pues hizo sacar los falconetes de este conquistador, y construidas cureñas particulares en el taller de Tolsa, los mandó á Huichapan contra Villagran. Cuando los americanos se presentaron sobre la plaza, Muñiz dividió el ejército (si merece este nombre aquel enjambre de gente mal armada) en varios trozos que situó en diversos rumbos: sus comandantes fueron Villalongin, el coronel Salto, hermano del famoso padre Salto que decapitó después Trujillo: Cagiga, el padre D. Luciano Navarrete, y Anaya (D. Juan Pablo.) La artillería constaba de veintidos cañones.

El día 21 de mayo de 1811 comenzó el fuego de esta arma, pero mal dirigido; pues levantando demasiado la puntería lastimó los edificios: un soldado de Trujillo llamado *Pelayo*, escribió con este motivo una carta á Muñiz diciéndole que advirtiese que sus cañones estaban mal servidos, pues el estrago lo habían causado en las torres de la ciudad: denunciólo el que llevaba la carta, y Pelayo al instante fué fusilado en la plaza, en el lugar mismo de la picota, y se le puso sobre la espalda dicha carta. Acordóse por Muñiz que la orden y señal de ataque sería una bandera que él tremolaría en su campo, y del mismo modo lo harían los demás gefes en los suyos para obrar con simultaneidad; mas él faltó á la seña convenida, se rompió el fuego, y Trujillo salió de la plaza con doscientos caballos sobre Muñiz, á quien arrolló y puso en dispersion, tomándole los cañones que mandaba. Los demás americanos rompieron entonces el fuego, pero no podían avanzar con expedición por los obstáculos que les presentaban las milpas y magueyes. Ufano Trujillo con el triunfo que acababa de conseguir se dirigió sobre Anaya que venía por el rumbo de la garita de Santa Catalina; tan seguros iban de la victoria los españoles, que en vez de disparar sobre los americanos, les tocaron ya muy de cerca las palmas de las manos, y comenzaron á decirles. . . . *Viva España, ladrones!* aumentóles la confianza á los soldados de Trujillo ver que los fuegos habían callado por un poco de tiempo, pero esta fué una artimaña para empeñarlos á que saliesen fuera del foso, y les aumentó mas la presunción ver que se retiraban. Los americanos volvieron entonces caras sobre Trujillo y lo cortaron con su izquierda y el centro. Como en esta sazón los americanos avanzaron sobre la artillería de Trujillo dando muerte á su comandante Machado que perdió dos piezas, Trujillo se puso en fuga, pero en breve reunido con un trozo de infantería de la que tenía en la plaza, volvió á la carga por el molino de Parres, avanzando sobre la izquierda de los americanos: entonces estos con un pequeño trozo de caballería, avanzaron bruscamente sobre dicho comandante y lo pusieron en dispersion brincando con temeridad una cerca intermedia de piedra; el soldado que no pereció allí á

espada, se dispersó, de modo que ya no pudo reunirse á su cuerpo; muchos se arrojaron al rio de San Pedro que estaba inmediato. Quisieron entonces los americanos, penetrando por el puente entrar por la calle de Santa Catalina con el coronel Alatorre, pero los cortó é hizo retroceder una partida de dragones de S. Carlos. En este conflicto la tropa de la plaza se veia en la mayor afliccion y tanta, que abandonaron sus puestos las guardias del parque, principal y otras de lo interior: unos soldados arrojaban las armas, otros se desnudaban; hombre hubo que largó los calzones de uniforme en la calle por no parecer soldado. † Trujillo que habia tomado los cañones de Muñiz que entró con nueve de ellos por la calle Real, y con el sable en la mano, procuró reunir los que encontró dispersos: daba voces por el camino diciendo que ya venia el general Calleja en socoro de la plaza, no faltaba ya otra cosa sino entrar los americanos en ella para coger el fruto de sus trabajos; mas cuánta fué la sorpresa que todo Valladolid tuvo cuando vió que se retiraban en buen orden! El mismo Trujillo no acertaba á creerlo. Las gentes lo atribuyeron á milagro del Señor *de la Sacristía de la Catedral*, y se le votó una fiesta; mas el verdadero milagro en lo que consistió fué, en que se acababa ya el parque: en que Muñiz no quiso dar á los comandantes Anaya y otros ni un cartucho de mas de treinta cargas que salvó cuando fué derrotado: que se mantuvo espectador de estos sucesos, y lo mismo sus soldados por no contribuir á la gloria de las columnas americanas vencedoras, que tuvieron ó mejor direccion, ó mejor suerte que la de Muñiz; he aquí el milagro del Señor de la Sacristía: una rivalidad infame, una bajeza digna de eterna execracion; pero ninguno resucitó de casi todo el batallon ligero que pereció en el ataque, ni de los doce carros de muertos que se metieron aquella noche á sepultar en la ciudad. La retirada de los americanos se hizo en orden á las lomas de Santa María; á media noche dejaron bien cebadas las luminarias que hicieron para engañar á Trujillo; el ejército se

† Cuando entró Morelos en Oaxaca, un soldado de la plaza pedia por Dios á unas mugeres que le arrancasen los vigotes.

retiró á Acuicho: Trujillo quedó espantado y lleno de vergüenza á vista de lo que le habia pasado: parte de su artillería fué desmontada.

En demostracion de regocijo puso en libertad á mas de trescientos infelices que tenia en las cárceles y prisiones; entre ellas se hallaba el padre Espíndola, actual provincial de dieguinos, y con ellos fué á dar gracias á Dios á la catedral. Sin embargo de esto trató sériamente de retirarse para Toluca, y lo habria hecho á no haber recibido socorros de Celaya que al mando de Linares vinieron en su auxilio. Mucho dió que admirar este ataque, aun á los prevenidos contra las disposiciones militares de los americanos, quienes desde entónces se las concedieron sin réplica: ya veremos otras acciones no ménos importantes que nos confirmarán en el mismo concepto. Miróseles ya bajo otro aspecto, y en los estrados se glosaban las palabras del oficio de intimacion á Trujillo, (inserto en la Gaceta núm. 107) que dice así.

„Quien ha sufrido ver y oír decir cuantas víctimas ha sacrificado V. S. ferozmente: quien ha tolerado con prudencia las intrigas y traiciones que se le han tramado; y quien, por último, por no acabar con tanto americano inocente que han sido el antemural de esa tropa, se ha contenido en la irrupcion que ya debia haber ejecutado; hoy está resuelto á atropellar con todo y tomar esta plaza á sangre y fuego á costa de cualesquiera pérdida, si V. S. no se rinde á discrecion entregándola dentro de veinticuatro horas. Este es el único y perentorio término que le prefine la fuerza de este ejército del Sur que está á mi mando, el que solo espera ver la contestacion de este. Dios guarde á V. S. muchos años. Campamento de América, julio 20 de 1811.—Manuel Muñiz, capitan general.—Sr. comandante D. Torcuato Trujillo.

#### BATALLA DE LOS GRIEGOS.

García Conde salió de S. Miguel el Grande el 25 de agosto de 1811, llevando consigo la fuerza siguiente: el regimiento de dragones de Puebla de su mando; el segundo batallon de infantería de la Corona, y cuatro cañones de campaña: en 29 del mismo mes salió de Zacatecas á obrar de concierto con la fuerza del

teniente coronel D. José Lopez con quinientos cuarenta hombres de todas armas y cuatro cañones: puestos en comunicacion dichos comandantes, Lopez llegó á la hacienda de los Griegos el 1.º de septiembre, distante doce leguas de Zacatecas y seis del punto donde estaba García Conde, el cual destacó dos escuadrones del regimiento de Puebla y la compañía veterana de Ciénega de Mata, que dirigiéndose al Real de Asientos, alcanzó la retaguardia de los americanos, con la que chocó y le hizo prisionero al comandante Carlos Delgado, diez hombres y una partida de mulas y caballos.

En la tarde del mismo dia 1.º despachó Lopez al capitán de patriotas de Zacatecas D. Domingo Peron, para que con una partida reconociese la fuerza de los americanos. Observado por estos, se le cargaron y se puso en retirada, y temeroso de que tomasen el camino de Zacatecas, se situó Lopez en el rancho de S. Francisco, perteneciente á dicha hacienda de los Griegos, punto que estimó conveniente, ora para impedirselos, ora para colocarse á su retaguardia; así pasó la noche. A la mañana siguiente se presentó á los americanos en batalla. Si damos crédito á las relaciones insertas en la Gaceta núm. 129, tom. 2 de 22 de octubre de 1811, la fuerza de Lopez apenas llegaria á trescientos cincuenta y ocho hombres de todas armas y dos cañones, y la de los americanos á seis mil con quinientos de buena caballería. La posicion de estos era un cerro de regular altura, á su derecha se estendia una loma suave de una estension de mas de quinientas varas rematando en una punta bastante escarpada, y quince cañones de bronce y tres de madera. La izquierda de Lopez avanzó á tomar la punta escarpada; pero los americanos que conocian la ventaja de dicha posicion, se anticiparon á ocuparla. En vano el segundo de Lopez D. Domingo Peron pretendió hacer lo mismo en auxilio de aquel, pues tuvo que huir á escape derrotado, dejando allí varios muertos y entre ellos el alférez de Aguascalientes D. Luis de Ocampo. Los americanos situaron entónces en aquel punto tres cañones con que hicieron un vivo fuego, á que respondieron los españoles con dos piezas á metralla. En este estado la infantería de Aguascalientes dió un

gran rodeo para tomar el flanco derecho á los americanos, al mismo tiempo que para sostenerla avanzó la caballería y cañones de la izquierda española; este movimiento hizo que los americanos comenzasen á perder terreno: entónces se arrojó sobre ellos á gran galope la caballería, los desalojó de su posicion ventajosa, y tomó su artillería y les hizo retroceder hasta la medianía de la loma.

Miéntas esto pasaba en la izquierda, la derecha formada en batalla en la posicion que tomó desde el principio, apoyaba sus movimientos á ménos de medio tiro de los americanos; un cabo de artillería llamado Leonardo Lopez, dirigió tan acertadamente la puntería de esta arma, que con sus tiros comenzaron á desordenarse los americanos y á desfilar toda su caballería por la espalda del cerro opuesto al frente de los españoles, quienes desarrollaron en este momento favorable su caballería, y por lo que ocuparon la eminencia del campo; siguió el alcance; este siempre es funesto para el que vá en fuga, y así es que hubo gran mortandad de enemigos, cuya pérdida consistió en toda la artillería, algunas armas y municiones, cerca de cuatrocientos muertos, mas de trescientos prisioneros, y trescientas noventa y siete mugeres que ultrajaron los españoles rapándolas las cabezas. Tal es la batalla llamada de los Griegos y que por estos excesos de atrocidad ha dejado una nombradía horrorosa entre aquellos pueblos.

En 11 de agosto (1811) salió D. Pedro Meneso de Guanajuato con doscientos lanceros y una compañía de escopeteros del cuerpo de frontera del Nuevo Santander á Pénjamo, con objeto de atacar á Albino García, Cleto Camacho y Natera. A la entrada de dicho pueblo tuvo con ellos una escaramuza que elogia altamente Calleja; pero se conoce que su pluma fué dirigida por el reconocimiento, pues en seguida del parte dice. . . . Que Meneso fué *el primero que le avisó de la explosion de Dolores* en el principio de la revolucion, reunió con celeridad y llevó á sus órdenes el escuadrón de dragones del valle de S. Francisco; congregó gentes y cooperó á crear y organizar el cuerpo de lanceros cuyo mando le concedió Calleja. Esta accion se dió el 15

de agosto de 1811. Calificóla de *escaramuza* despreciable, porque á haber sido batido en ella Albino García, no habria tomado por sorpresa la villa de Aguascalientes el dia 31 de septiembre á las tres de la tarde con mas de quinientos hombres armados, los mas con fusiles, segun consta de la Gaceta núm. 110 de 14 del mismo septiembre, añadiéndose por singularidad que al subdelegado de dicha villa y á D. José María Rico los pasearon en mogiganga por sus calles casi desnudos.

En tales contradicciones enormes incurrieron á cada paso los comandantes españoles cuando trataban de engañarnos con sus fabulosas relaciones. La accion del capitán D. Francisco Guizarnotegui, aunque no está detallada en la Gaceta núm. 100, dá sin embargo idea de que con dos escuadrones de su regimiento de Puebla, y las compañías sneltas del valle de S. Francisco, pueblo de Santa María y hacienda del Jaral, que en todo llegarían á doscientos cuarenta hombres, atacó el 10 de julio cerca de S. Luis de la Paz á una partida de americanos: que puestos en dispersion llegaron á la hacienda de Charcas, y avisaron á los insurgentes situados allí del corto número de los españoles: que aquellos en gran porcion (supone que serian cuatro mil) con tres cañones se le presentaron al dia siguiente y logró derrotarlos tomándoles la artillería.

En la Gaceta núm. 99 de 20 de agosto (1811.) se dice mucho de la ferocidad de *Bernardo Huacal*, y aunque era propio tratar de este hecho cuando se hablase de la expedicion del coronel Arredondo sobre la colonia del Nuevo-Santander, por entrar esta relacion en el cuadro que describimos del estado de guerra de la nacion en aquella época, insertamos á la letra la memoria que nos ha franqueado el Sr. diputado *Elosua*, concebida en los términos mas sencillos y que muestran muy bien su carácter de sinceridad, dice así:

„Bernardo Gomez de Lara, (álias *Huacal*) de calidad indio, el 13 de junio del año de 1811 á la madrugada, invadió el valle de *Matchuala*, provincia de S. Luis, con una partida de poco mas de trescientos hombres entre indios de Nola, Tula, Palma y otras gentes de las que entonces llamaban insurgentes. Inmediata-

mente estendiendo su gente por todas las calles del lugar, hizo salir de sus casas y condujo á la plaza á todos los vecinos sin distincion de personas. Allí hizo que se alistasen en su partida, unos voluntariamente, y muchos con violencia. Despues acuarteló su gente en varias casas de la plaza para permanecer en el pueblo, donde es positivo cometió muchas violencias, y aun asesinatos; pues hizo matar á un tal Palos, que creo era subdelegado, á unos Ponces, del pueblo del Cedral, distante cinco leguas, y á otras varias personas; de modo que los habitantes se vieron en la mayor consternacion, emigrando el que podia, y refugándose otros á la iglesia á donde iban á dormir de miedo de sufrir una violencia en su casa.

Por esos mismos dias andaba una partida destacada de la division del brigadier Arredondo, compuesta de sesenta infantes y cuarenta caballos en persecucion de los llamados insurgentes, por las inmediaciones del pueblo del Pantano y Rio Blanco, términos de las provincias del Nuevo-Santander y Nuevo-Reino de Leon, con la de S. Luis Potosí. Supo el comandante de dicha partida la permanencia de *Bernardo Gomez de Lara* (álias *Huacal*) en *Matchuala*, y se dirigió desde luego á atacarlo. En efecto, antes del amanecer del dia 21 de junio de dicho año, llegó á *Matchuala*, y en seguida se dirigió á paso muy vivo á la plaza principal, para sorprenderlo en sus cuarteles. En la primera calle hubo un tiroteo con una pequeña partida de ellos, que desde luego, noticiosos de la llegada de la tropa del rey, salía á reconocerla. Esta no se paró por esto, sino que llegando á la plaza continuó el fuego sobre los cuarteles y bocas calles hasta desalojarlos. Los de *Huacal*, casi sorprendidos, porque no supieron á tiempo la venida de la tropa, se defendieron algo en sus cuarteles y con alguna mas tenacidad en una que otra calle; pero al fin huyeron en dispersion por las varias salidas del lugar. Sufrieron una mortandad grande, pues pasaron de doscientos los muertos, y ciento cincuenta y nueve prisioneros. La tropa de *Huacal* llegaba ya al número de mil en el dia de su sorpresa y derrota, segun relacion segura de los vecinos de *Matchuala*.

Aconteció que el cura del Real de Catorce D. José María